





NUVA BIBLIOTECA  
DE AUTORES  
ESPAÑOLES  
1





*Menéndez y Pelayo*

---

ORÍGENES  
DE LA NOVELA  
1



PQ6171  
.N8  
v. 1



809.3

M542e

010601



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



1080018897

Origenes de la Novela

—

Tomos I

Núm. Clas. 809.3  
Núm. Autor M 5420  
Núm. Adg. 10601  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificac. 809  
Catálogo \_\_\_\_\_

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MEXICO MONTERREY, NARRAG.

Nueva Biblioteca de Autores Españoles

bajo la dirección del

Exmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo

1

28

# Orígenes de la Novela

Tomos I

Introducción.

Tratado histórico sobre la primitiva  
novela española

por

D. M. Menéndez y Pelayo

de la Real Academia Española.

Segunda tirada



Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria  
UNIVERSIDAD DE LEÓN  
Biblioteca Valverde y Torres

Madrid

Casa Editorial Bailly / Baillière, S. A.

Múñez de Balboa, núm. 21.

1925

10601

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MEXICO MONTERREY, NARRAG.

46858

PQ 6171  
.N8  
v.1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## INTRODUCCIÓN

Dedicó la *Biblioteca de Autores Españoles* tres de sus primeros volúmenes a Cervantes y a los novelistas anteriores y posteriores al que fué y es monarca del género en la literatura del mundo. Aquella colección de narraciones amenas y libros de pasatiempo pudo parecer suficiente en la época en que salió a luz, cuando apenas comenzaban a despertar los estudios hispánicos largo tiempo aletargados, y era forzoso introducir al público con hábil parsimonia en el conocimiento de una literatura que tenía tan olvidada. Pero hoy que las exigencias, no ya de los eruditos, sino de los meramente aficionados y curiosos, son mucho mayores; hoy que libros antes ignorados o desdeñados son perseguidos con afán y alcanzan altísimo precio, que no siempre es rasgo de ostentación en sus compradores, sino testimonio del interés que despiertan y de la importancia que se les concede para elevados fines de cultura histórica, no puede menos de sentirse la necesidad de ampliar ésta como las demás secciones de la *Biblioteca* de Rivadeneyra con obras que por uno u otro concepto no deben ser omitidas ni postergadas en nuestra historia literaria, y que siendo de difícil adquisición rara vez llegan a manos del investigador estudioso. A tal fin responde el suplemento que en varios volúmenes nos proponemos hacer de la colección de novelistas, dedicando el mayor espacio, como es justo, a los del siglo xvii, muy imperfectamente representados en aquel vasto repertorio de las letras patrias. Pero antes de llegar a ellos, todavía hemos creído indispensable recoger en un tomo algunas producciones de fines del siglo xv y del siglo xvi, que son, a nuestro juicio, dignas de tenerse en cuenta en un estudio sobre la novela anterior a Cervantes. Y aun hubiéramos ampliado el número de ellas si los límites en que hemos tenido que encerrarnos por inevitable condición editorial no nos hubieran obligado al sacrificio de alguna muy curiosa y que ya teníamos dispuesta para la imprenta.

Nadie puede poner reparos a la elección que con su acostumbrado buen gusto y fino conocimiento de la literatura castellana hizo don Buenaventura Carlos Aribau de las obras que forman el antiguo tomo de *Novelistas Anteriores a Cervantes*. No hay una sola que pueda rechazarse, y como escogidas en géneros distintos dan idea bastante completa del mundo vastísimo a que pertenecen. *La Celestina*, obra esencialmente dramática, pero escrita para la lectura y no para la representación, no podía faltar en un cuadro de la novela, en cuyos progresos influyó de modo tan decisivo, y a la cual transmitió el poderoso instrumento de la observación realista y el arte insuperable del diálogo. Las dos grandes novelas picarescas del siglo xvi, *Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache*, acompañadas de sus continuaciones, son, y no podía menos, el fondo principal del libro. La novela corta imitada de los maestros italianos y el cuento o anécdota fugitiva tienen su representación en el *Patrañuelo*, de Timoneda, y en su *Sobremesa o Advito de caminantes*. La novela de aventuras al gusto bizantino, mezclada con elementos caballerescos, puede estudiarse en el *Clareo y Florisea*, de Alonso Núñez de Reinoso, y en la *Selva de aventuras*, de Jerónimo de Contreras, y, finalmente, la novela histórica, ente-

010601

ramente indígena como la picaresca, hace alarde de su gracia infantil en el delicioso cuento de *El abencerraje*, atribuido a Antonio de Villegas, y en las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita.

Nada sobra, por consiguiente, en este tomo, al cual antecede un prólogo de Aribau que es joya de buen decir y sana crítica, y documento de erudición nada vulgar para los días en que fué compuesto. Pero es evidente que algo falta, y el mismo Aribau confiesa estas omisiones y procura dar la razón de ellas, prometiendo subsanarlas en el curso de la *Biblioteca* que entonces comenzaba. Esta promesa fué cumplida por lo tocante a los *Libros de Caballerías*, cuyo gran número, vasta mole y especial carácter imponían un estudio separado, que realizó con gran conciencia y doctrina bibliográfica don Pascual de Gayangos, persona la más competente acaso que en toda Europa podía encontrarse para tal empresa. Pero los demás vacíos quedaron sin llenar, faltando entre otras cosas las novelas pastoriles, salvo la *Galatea* y la *Arcadia*, que figuran, respectivamente, en los tomos de Cervantes y Lope de Vega. Hubiera sido excesivo, en verdad, dedicar un volumen entero a este género falso y empalagoso, en que la insipidez del fondo sólo está compensada por las galas del buen decir y los destellos de la fantasía poética; pero no parecía justo que se echase de menos en una biblioteca de autores españoles la obra capital y más antigua de nuestra novela bucólica, la *Diana*, de Jorge de Montemayor, ni que dejase de ir acompañada de la continuación de Gil Polo, preferida por el gusto de muchos y célebre por la lindeza de los versos que contiene; elogio que debe extenderse a *El pastor de Filida*, de Luis Gálvez Montalvo, que Cervantes manda guardar como joya preciosa.

Grave omisión hubiera sido también la de la *Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro y la *Cuestión de Amor*, de autor anónimo, pues aunque escritas en tiempo de los Reyes Católicos, no deben considerarse como producciones de los tiempos medios, sino como muestra de un género nuevo, la *novela sentimental y amorosa*, de la cual puede encontrarse algún germen en *El Siervo libre de amor*, de Juan Rodríguez del Padrón, pero que tiene durante el siglo xvi su principal desarrollo. Contemporáneas de la *Celestina*, la *Cárcel* y la *Cuestión*, no hay motivo para relegarlas al tomo de los prosistas del siglo xv, de cuyo estilo tanto se apartan.

Otras manifestaciones que prepararon el advenimiento de la novela de costumbres, aunque no puedan confundirse con ella, reclamaban también algún lugar en esta colección de libros de pasatiempo. Me refiero al diálogo satírico-moral, a imitación de Luciano y de Erasmo, género importantísimo en la literatura del Renacimiento y que fué, a no dudarlo, la expresión más avanzada del libre espíritu aplicado a la crítica de la sociedad, y el arma predilecta de todos los innovadores teológicos, políticos y literarios. El padre y maestro de esta sátira *lucianesca* en España es Juan de Valdés, pero como quiera que las obras selectas de este gran prosista han de formar parte de la presente biblioteca, no van incluidos en este tomo ni el *Diálogo de Mercurio y Carón* ni el de *Lactancio y un arcediano*. Figuran, en cambio, dos obras del andante humanista Cristóbal de Villalón; una su famoso *Crotalón*, que ahora aparece purgado de muchos errores con que antes se había impreso, y otra cierto diálogo inédito de *Las transformaciones de Pitágoras*, que puede considerarse como el embrión de aquella vasta galería satírica. Obra en cierto modo análoga a las anteriores, aunque contiene menos elementos novelescos y la sátira es mucho más clemente, inofensiva y mesurada, son los *Coloquios satíricos* de Antonio de Torquemada, libro de muy apacible lectura por lo sabroso de la dicción y por las raras noticias que ofrece de usos y costumbres de su tiempo. Y no hemos querido se-

parar de ella el *Coloquio pastoril* con que termina, obra entre dramática y novelesca. De buen grado hubiéramos incluido también otra muy semejante, los *Coloquios matrimoniales*, de Pedro de Luján, y no hubiéramos dejado en olvido la ingeniosa novela alegórica de Loyola, *Viaje y naufragios del Macedonio*, pero habrán de quedarse para mejor ocasión con otros libros análogos, no menos raros e interesantes que los anteriores.

Tales son las obras que en este tomo se ofrecen a la consideración del lector. Pero antes de discurrir particularmente sobre ellas, debemos apuntar algunas consideraciones acerca de la novela española del siglo xvi, no limitándonos a las que ahora reimprimos, sino abarcando el cuadro general, para que mejor se entienda el valor y significación de cada una, y remontándonos, como es forzoso, a los orígenes del género, para explicar la evolución de sus formas, si bien procederemos en esto con la mayor sobriedad posible.

## I

## RESEÑA DE LA NOVELA EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA, GRIEGA Y LATINA

Género tan antiguo como la imaginación humana es el relato de casos fabulosos, ya para recrear con su mera exposición, ya para sacar de ellos alguna saludable enseñanza. La parábola, el apólogo, la fábula y otras maneras del símbolo didáctico son narraciones más o menos sencillas, y gérmenes del cuento (1), que tienen siempre en sus más remotos orígenes algún carácter mítico y transcendental, aunque este sentido vaya perdiéndose con el transcurso de los tiempos y quedando la mera envoltura poética. Narración mucho más grandiosa, y compañera también de las primitivas civilizaciones, es la epopeya, teogónica primero y después heroica, divina al principio y humana luego, pero representación entonces de una humanidad más excelsa y vigorosa que la de las edades

(1) Los más antiguos cuentos conocidos son hasta ahora los egipcios, que ha coleccionado G. Maspero en un precioso volumen (*Les Contes populaires de l'Égypte ancienne, traduits et commentés par G. Maspero*, París, 1889, tomo 4.º de *Les littératures populaires de toutes les nations*). El primero de los cuentos que comprende, descubierto en 1852 por Rougé, es una novela de la época faraónica, enteramente análoga a las de *Las Mil y una noches*, con una de cuyas historias, la de los príncipes Amgiad y Assad, tiene gran semejanza este cuento de los dos hermanos, y también con otros muchos temas de novelística popular (falsa acusación de una madrastra o cuñada, encantamiento del corazón en un árbol, transformaciones del protagonista Bitiu análogas a las de Proteo, etc.). Todavía más extraordinario y fantástico es el cuento de *Satni*, hijo de un rey de Menfis, en que intervienen momias parlantes, hechiceras, magos y otros seres misteriosos, pasando gran parte de la acción fuera de los límites de este mundo. Otros cuentos son de género muy diverso. El de la toma de la ciudad de Joppe por los soldados de Tutii escondidos en grandes basijas de barro recuerda en seguida la estratagema de Alí Baba y los cuarenta ladrones en *Las Mil y una noches*. No falta una muestra de novela de viajes y naufragios, análoga a la de Sindbad el marino, y todavía más a las griegas que parodió Luciano en la *Historia verdadera*. Hay verdaderos cuadros de costumbres populares, como la historia del aldeano que va a pedir justicia a la ciudad. Pero en general son cuentos prodigiosos, en que la magia predomina, como el del rey Kufni; el de la princesa de Baktan, poseída por el espíritu maligno; el del príncipe predestinado a ser muerto por la serpiente, por el cocodrilo o por el perro, o bien relatos de aventuras épicas que han podido pasar por historias, como las *Memorias de Sinuhit*. A estos y otros varios cuentos más o menos íntegros, recogidos directamente de los papiros egipcios, ha unido Maspero el de Rhampsinito, que solo conocemos en la forma griega que le dió Herodoto. Los papiros que contienen algunos de estos cuentos son del siglo xiii o xiv antes de la era cristiana, y algunos todavía más antiguos en centenares de años, según la opinión de Maspero. La India no tiene nada que se aproxime a esta antigüedad, y los cuentos egipcios son hasta ahora las primicias del género en la literatura universal.